

Dos fotos de Robert Capa

De tiempo en tiempo saco un libro de los anaqueles de la biblioteca y no lo leo, sino que lo miro. Es un portafolio de fotografías de Robert Capa, corresponsal de guerra que murió en 1954 al pisar una bomba en un campo minado durante la guerra de Indochina.

En las escuelas de Periodismo se enseña que una buena imagen vale más que cien palabras, y este portafolio gráfico comprueba la veracidad de ese aserto. Contiene fotos seleccionadas de las cinco guerras que Capa cubrió: la española, la invasión de Japón a China, la Segunda Guerra Mundial, la guerra de Israel por su independencia y la de Indochina contra Francia. Lo interesante es que, incluso, quienes no estuvieron envueltos en esos conflictos, se ven retratados en las fotos de Capa, y esto sucede porque más que documentar los horrores de la guerra, las fotos de Capa incitan a una reflexión sobre la condición humana.

¡Cuántos puños amenazantes firmemente

levantados para mostrar adhesión a la utopía marxista! ¡Cuánto brazo alzado para ratificar su fe en la utopía nazi! ¡Cuánta alegría en los rostros celebrando la victoria en una batalla y cuánta humillación, tristeza y angustia ante la derrota que inflige el enemigo! ¿Cómo no descubrir en esos gestos y en esos sentimientos los que uno también vivió persiguiendo un huidizo ideal?

Hay dos fotografías que son mis favoritas y en las que me detengo por largo rato. Una es de la guerra civil española en el frente de Córdoba. Allí, Capa logra detener en una fracción de segundo, el momento preciso en que una bala alcanza a un miliciano. Ahí está ese miliciano, cerrando los ojos, suspendido en el momento mismo que sus rodillas se doblan, soltando el fusil que llevaba en la mano derecha. ¿Quién sería ese



buen hombre al que vemos en el momento mismo que entrega su vida por un ideal? Si hubiera sobrevivido, ¿habría permanecido fiel al pensamiento y a los sentimientos que lo llevaron a matar y a morir?

Esta fotografía en su oportunidad dio la vuelta al mundo y su trágico dramatismo no sirvió para que amainara esa feroz guerra entre hermanos, tal como hoy, pese a los horrorosos testimonios que

pelo al cero con una guagua en sus brazos. Ella, durante la ocupación, tuvo amores con un alemán, de quien tuvo el hijo. En la imagen esa mujer no está sola, va por la calle mirando con amor y preocupación a su pequeño hijo, mientras una multitud la sigue. Son especialmente mujeres y uno ve sus rostros alegres, sus sonrisas burlonas y crueles. En sus bocas abiertas se adivinan los insultos que le lanzan a la mujer humillada y vencida.

En la Segunda Guerra Mundial yo estuve con los aliados. Ellos eran para mí "los buenos" y los nazis, "los malos". Y me pregunto, mirando esa estremecedora fotografía de Capa, si el 18 de agosto de 1944 yo hubiera estado en Chartres, ¿no habría estado acaso entre la gente que humillaba a esa pobre mujer?

Y evocando nuestra historia más inmediata, el tiempo en que el país se dividió en dos bandos irreconciliables, cuando los que tomaron el poder humillaron, torturaron y mataron a tantos, ¿cuál habría sido nuestra conducta si la tortilla se hubiera dado vuelta? Y aunque de inmediato surja la respuesta de que "no, nosotros no habríamos hecho eso", vuelvo a mirar la foto de la joven madre tildada de colaboradora y esa maldad presente en los rostros de los buenos y patriotas habitantes de Chartres, y tengo que quedarme con un dubitativo quizás... quizás qué habríamos hecho.

RUMBOS

GABRIEL GASPAR

1994 fue un año eminentemente electoral en América Latina, especialmente en los tres países más grandes, México, Argentina y Brasil.

En dichos procesos electorales es posible detectar como un común denominador la oferta de garantía de estabilidad que realizaron las candidaturas que resultaron triunfantes. Los derrotados Cuauhtémoc Cárdenas, Lula y Bordón no pudieron mostrar al electorado una oferta de seguridad que tuviera la misma eficacia de la que ofrecieron en su momento los candidatos Zedillo, Cardoso y Menem.

Por cierto que en ese momento (mediados del '94), los candidatos del oficialismo tenían muy buenos argumentos para su oferta de estabilidad. Ernesto Zedillo se mostraba en México como el continuador natural del programa estabilizador y modernizante del Presidente Salinas de Gortari. En Argentina, Carlos Menem tenía como base para la reelección la obra de su primera administración, en particular la que avalaba el desempeño del ministro Cavallo y el fin de la hiperinflación que había heredado de la época de Alfonsín. En Brasil por su parte, Fernando Enrique Cardoso, que partió con un piso muy inferior a Lula (45-20 en los primeros momentos),

Estabilidad y crisis en Latinoamérica

terminó ganando con holgura, debido en gran medida a los éxitos iniciales del Plan Real que permitió estabilizar la economía brasileña.

El "tequilazo" de diciembre del año pasado fue un trago amargo que demostró una vez más que no todo lo que brilla es oro. Harto se ha escrito y se seguirá escribiendo sobre el tema, pero la cuestión medular es la siguiente: cuando la lógica monetarista termina por subordinar todo el manejo macroeconómico al objetivo antiinflacionario, se termina por imponer una gigantesca distorsión, que en el caso mexicano y argentino se reflejó en un dólar subvaluado y en una moneda local sobrevaluada. Por cierto que ello abarató las importaciones, y por ahí se cayó al déficit comercial. El resto de la historia ya lo conocemos.

Resultó curioso entonces que el nuevo gobierno mexicano haya tenido que manejar, recién instalado, una crisis de enormes proporciones: devaluación de casi 100%, fuga masiva de capitales y una recesión que este año se pronostica en -3% según los optimistas. Algunos trataron de echarle la culpa al zapatismo, pero en realidad el subcomandante Marcos no era el responsable de la conducción macroeconómica. Salinas se

descapitalizó y el gobierno tuvo que tomar medidas que debieron haberse adoptado hace mucho tiempo.

El efecto "tango" fue más leve, pero provocó entre otras cosas, la fuga de capitales y una elevación del desempleo hasta el 18%. La reacción social ha sido comprensiblemente fuerte, y las críticas a la conducción económica tienen en estos días en las filas del propio partido justicialista a sus principales voceros. Actualmente, el ministro Cavallo requiere periódicas reiteraciones de confianza de parte del Presidente, quien en los últimos días ha terminado por declarar que la mejor garantía de estabilidad para el modelo es su propia presencia en la Casa Rosada.

Es difícil encontrar cifras tan desoladoras en los pronósticos más sombríos que se hicieron sobre lo que podía ser un eventual gobierno de Cuauhtémoc o de Bordón. En cambio, no sin dificultades, el Plan Real hasta la fecha va caminando, con efectos colaterales impensados hace un año: Lula desplazado de la dirección del Partido de los Trabajadores y el surgimiento de los primeros roces entre el sector más conservador del oficialismo y el Ejecutivo. Un diplomático brasileño comentaba hace poco que la

economía brasileña quizás nunca iba a ser felina, y que era más bien paquidérmica; por eso, cuando empieza a andar, provoca temblores en la región y se hace notar.

En los tres países más grandes de la región, los gobiernos que ofrecieron estabilidad han terminado enfrentando crisis que se originaron en los manejos macroeconómicos de las

administraciones precedentes. Al parecer, el impacto financiero ha pasado su peor momento. No sería malo que los análisis se concentraran ahora en las causas más profundas de lo ocurrido, a fin de no seguir repitiendo el clásico ciclo de crisis y estabilidad que identifica a nuestra región.

* Cientista político.

